
Día de Muertos. Una Festividad Ritual con Tradición Mexicana

Dr. Victor M. Whizar-Lugo*

*Editor en Jefe

Anestesia en México

vwhizar@anestesia-dolor.org

La portada de este suplemento de Anestesia en México es un collage de imágenes que son muy familiares en nuestro país durante el mes de noviembre y en ocasiones de otras festividades funerales. El propósito es mostrar al mundo globalizado una de nuestras más antiguas tradiciones, una costumbre que se ha conservado al paso de los años, de generación en generación, a la que las influencias transnacionales no han tocado en su esencia.

Los días primero y segundo de cada mes de noviembre los mexicanos recordamos con una fiesta muy especial a nuestros familiares y amigos muertos. Mientras en otras culturas estas son fechas de tristeza, nosotros nos vertimos en los cementerios cargados de alegría, de flores, comida, bebida y otros enseres para decirles a nuestros muertos cuánto les seguimos amando. La muerte es nuestro destino final en esta vida, en este mundo. Cuando chicos, a los mexicanos se nos enseña a no temer a la muerte, a verla como un fenómeno natural, como parte final de la vida terrenal. La hemos bautizado de muy diversas formas: la calaca, la calica, la huesuda, la calavera, la parca, la dentona, la pelona. Es natural que la respetemos, que la esperemos con parsimonia, aunque cuando la vemos muy cerca nos produce angustia, incertidumbre, y en muchas ocasiones llegamos a sentir miedo. Miedo porque pensamos que aun hay mucho quehacer en la vida, y más que nada, por la incertidumbre del futuro de nuestros familiares.

Nuestra peculiar forma de dar vida a la muerte, nuestra sensibilidad mexicana de dar un sentido a los rituales del Día de Muertos, de darle sabor a lo que encontraremos no en la muerte, sino más allá de la vida. Ese otro mundo desconocido y su nexo con nuestro mundo vivo es lo que hemos venido celebrando desde el México precortesiano. Costumbres y tradiciones con caracteres lugareños o regionales que se han conservado sin contaminantes globalizados, ofrendas llenas de colorido a través de una entrañable y ancestral tradición, el culto a la Muerte.

Netzahualcáyotl de Tezcoco, nació en el año 1-Conejo, 1402. Fue poeta, arquitecto y sabio en las cosas divinas por lo que se le consideró Tlamatinime; el que sabe algo, el que medita y discurre sobre los antiguos enigmas del hombre en la tierra, el mas allá y la divinidad. Fue el gobernante supremo de Tezcoco durante 40 años y consejero por excelencia de Tenochtitlan. Su formación estuvo influenciada por tradiciones y pensamientos Chichimecas y de la cultura Tolteca, con enseñanzas y doctrinas atribuidas a Quetzalcóatl. Este ilustre personaje representa lo que se ha llamado la filosofía Náhuatl, y entre sus numerosos poemas destaca el siguiente:

Yo Netzahualcáyotl lo pregunto:
¿Acaso de veras se vive con raíz en la tierra?
No para siempre en la tierra:
Solo un poco aquí.
Aunque sea de jade se quiebra,
aunque sea de oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desgarrá.
No para siempre en la tierra:
Sólo un poco aquí.
Percibo lo secreto, lo oculto:
¡Oh vosotros señores!
Así somos,
somos mortales
todos habremos de irnos
todos habremos de morir en la tierra
Como una pintura
nos iremos borrando.
Como una flor,
nos iremos secando
aquí sobre la tierra.
Meditadlo, señores águilas y tigres,
aunque fuerais de jade,
Aunque fuerais de oro,
al lugar de los descarnados.
Tendremos que desaparecer,
nadie habrá de quedar.

El príncipe Tezcocano más ilustre del imperio Azteca, el más poderoso de esa época, reconocía a la muerte como un hecho que formaba parte de los vivientes, que llegaba aún a los caballeros águila y a los señores tigre, sin importar su fortuna ni su valentía. (1) Es válido pensar que estos pensamientos aztecas eran parte fundamental de su furia guerrera, donde no cabía el temor a la muerte.

Se dice que la fiesta de los muertos estuvo vinculada al calendario agrícola prehispánico ya que esta era celebrada a inicio de la cosecha, banquete que se compartía hasta con los muertos. Los antiguos mexicanos admitían que la muerte y la vida eran partes de una unidad, así, la muerte no era considerada como el fin de la vida, sino como parte importante del camino hacia algo mejor. Mictlán era el lugar de los muertos, donde esperaban a un mejor destino denominado Tlalocan. Este concepto es compartido con muchas culturas y religiones a través del globo terráqueo, sin que existiera contacto entre ellas.

Los aztecas pensaban que los sacrificios humanos estaban justificados por un bien colectivo, por la salud y continuidad de

la creación. En términos modernos era como un reciclaje: los muertos se fundían para luego pasar al aire, al fuego, a la tierra misma que es la sustancia que da vida al universo. Estos sacrificios eran el tributo de un pueblo vencedor a los dioses que cuidaban a su sociedad y al mismo universo. Pero si alguien moría en forma natural, los aztecas hacían fiestas para ayudar al espíritu del muerto en su camino, lo envolvían en un petate y les ponían comida y bebida suficientes para su travesía a través del Chignahuapan, una especie de purgatorio, que era muy duro de transitar.

La celebración Azteca original era en los meses de julio y agosto pero después de la conquista por los españoles se le hizo coincidir con la festividad Cristiana del Día de Todos Santos, en un esfuerzo fallido para transformar las costumbres profanas de los indígenas. (2)

En el México actual, la festividad de muertos es el 2 de Noviembre, día en que las almas de los adultos fallecidos regresan a pasar un tiempo entre sus familiares y amigos para disfrutar de su compañía, así como de las ofrendas de comida, bebida, flores y música. Esta tradición conserva mucho de la antigua celebración azteca. Las familias vamos a los panteones a visitar las tumbas de nuestros muertos. De hecho, la fiesta empieza un día antes, el día de los muertos menores de edad conocido como Día de los Angelitos, cuando las almas de estos niños regresan con sus familiares para disfrutar y ser alimentados. Desde muy temprano se empieza con limpiar y acicalar las tumbas, luego se cubren de flores multicolores, entre las que predominan zenpasuchitlles o cempazuchitl, denominadas flor de muerto y que son amarillas o color naranja. Se agregan velas de cera, braceros de barro con incienso, fotos de los difuntos y ofrendas de sus comidas y bebidas favoritas. Se agregan imágenes cristianas, donde predomina la Virgen de Guadalupe y en ocasiones he visto imágenes de políticos, como es el caso Tata Lázaro en Michoacán. Un sitio especial es la zona del altar de la tumba, donde los deudos se esmeran en sus adornos. La familia y amigos ahí reunidos para recibir el alma de sus difuntos se dedican a platicar añoranzas, planes futuros, hablan de los familiares lejanos, rezan, comen y beben, pero rara vez se embriagan. Mole negro, pan de muerto, galletas, calaveras y ataúdes de azúcar, dulce de calabaza son algunos de los platillos típicos de esta fiesta, aunque cada región se engalana con sus comidas típicas.

El papel picado es parte fundamental de las ofrendas, técnica que sirve para armar enormes festones policromos con figuras de esqueletos y flores. Esta es una antigua artesanía mexicana que viene desde los aztecas y ahora es utilizada en muchas festividades. San Salvador Huixcolotla, un poblado en el estado de Puebla es famoso por el papel picado. El papel es manejado en detalle, doblado centímetro a centímetro, presionado con golpes firmes y recortado hasta que va tomando la forma deseada, luego se expande y aparece a la vista la figura planeada.

En algunas zonas del país se construyen altares caseros o en las oficinas para celebrar el Día de Muertos. Estos altares se dedican a los familiares muertos y también están repletos de flores, veladoras, comida y bebida. Los que son destinados a las almas de los niños que han fallecido se adornan con golosinas y juguetes tradicionales. Las figuras elaboradas de azúcar son una característica muy particular en las tumbas y altares caseros. Si

bien estos figurines o alfeñiques tienen forma de animalillos, platos con comida, flores, ataúdes, son los cráneos los más populares. Estas calacas de dulce casi siempre llevan en la frente nombres de muertos o vivos. Los niños suelen comerse estos figurines durante la festividad. Los alfeñiques más elaborados son los de Toluca, San Miguel de Allende y Guanajuato.

La fiesta del Día de Muertos se celebra con especial tradición en algunos poblados mexicanos; Tláhuac, Xochimilco y Mixquic,(3) son lugares muy cercanos a la Ciudad de México donde es literalmente imposible penetrar a los panteones por el elevado número de visitantes. Aún así, me ha tocado ser invitado hasta la cocina de algunas casas, donde la familia comparte con propios y ajenos la felicidad del festejo. En el estado de Michoacán también he convivido la fiesta gracias a la guía de mi amiga Nora Martínez-Gallegos, una anestesióloga con sangre purépecha. Desde Morelia a lugares mágicos como Pátzcuaro, Tzin Tzun Zan y Janitzio, sitios paradisiacos para observar a los purépechas y otros coterráneos en su celebración del Día de Muertos.



San Gabriel Chilac, en el estado de Puebla, es otro lugar único durante esta fiesta; las tumbas se adornan con hojas de plátano color esmeralda, carrizos verdes, telas negras o moradas, acompañadas de pan de muerto, mole de olla, cempasúchiles, azucenas, moco de pavo y gladiolas que dan un colorido espectacular. Los campesinos tocan sus armonios y las familias cantan con dulces voces apagadas. Cantan y rezan en español, latín o náhuatl.(4,5) La fiesta es basta en todas las comunidades; San Mateo del Mar, Teotitlán del Valle, Chialtepec, Ixcatlán por solo mencionar algunos de los cientos de poblados donde la calaca se pasea luciendo sus dulces huesos, donde la alegría, la risa, la música y los recuerdos de nuestros muertos se mezclan en la celebración.

En algunas comunidades indígenas esta festividad se engalanan con el uso de máscaras que representan a las almas de los fallecidos. Estas máscaras se hacen de materiales muy variados, las he encontrado de madera tallada, fibras de caña entretejida, de papel maché, de metal y hasta de plástico. Cuando no hay máscara se usa un espeso maquillaje que se hace para personificar a sus antepasados que regresan durante la fiesta de los muertos. Los hombres y los niños bailan, no así las mujeres. Estas danzas van desde lo serio a la burla y los bailarines se ven protegidos por lo incógnito de su indumentaria facial.

En consonancia con Don José Vasconcelos, literato Oaxaqueño, los mexicanos del norte no conservamos muchas de las tradiciones del centro y sur del país. Así, esta festividad del Día de los Muertos tiende a desaparecer en esta zona del país, donde los gobiernos locales hacen esfuerzos supremos por conservarla. Por otro lado, en el centro y sur de México, tanto en zonas rurales como grandes ciudades, esta fiesta ha conservado su esencia mística.

El humor mexicano alrededor de la muerte es muy variado. Una de estas facetas es la creación de las famosas "Calaveras" que son historias versificadas por compositores de barrio. Estas rimas populares buscan a través de frases y oraciones cortas, llamar la burla de los vivos. Le quitan solemnidad a la muerte, jugamos y nos burlamos de ella para satirizar a vivos y muertos. Estos versos humorísticos suelen ser publicados en los periódicos y revistas a nivel nacional y local para criticar o hablar de personajes de la farándula, políticos e intelectuales. En mi hospital la elaboración de las "Calaveras" ha sido una tradición que incluye a un grupo selecto del personal, situación que se repite a lo largo y ancho del país. El siguiente ejemplo es una "Calavera" que le escribí a mi amigo el Dr. Francisco Martínez-Pelayo, presidente de la Federación Mexicana de Anestesiología:

Por ser el Presidente de La Federación,
Pancho Martínez-Pelayo se creía guapo
Pero vino la parca y por calvo se lo llevó
Ni guapura ni Federación
La Muerte le respetó

Ahora el guapo duerme en su nueva casa
En Chihuahua , a tres metros bajo tierra
En espera de otro puesto
Que le prometieron los de C.L.A.S.A.
Descansa Pancho en paz
Te velan los Federados y todo tu Comité
Pero los que más te lloran
Son Nacho y Nicolás
Porque en esta vida, te verán jamás

Los de Monterrey están contentos
Porque Pancho se peló.
Pero lo que no saben estos huercos
Es que Pancho, a Enrique Mancha se llevó
Para que la vía aérea le asegure
En su largo camino a Tlalocan

Los Mexicanos contemporáneos, desde luego que no todos, tenemos una visión especial ante la muerte y el dolor que nos inflinge. Se dice que Ella es un espejo que refleja la forma en que hemos vivido y nuestro arrepentimiento. Si nuestra muerte pasa desapercibida, sin sentido, es que en vida fuimos muy poco. De aquí el dicho "Dime como te mueres, y te diré como eres".(6,7) Sabemos que la muerte existe, pero no estamos pensando en ella, no le tenemos miedo porque nuestra fe religiosa nos alienta, nos da pujanza para enfrentarla y reconocerla. Es parte de un reciclaje vital, religioso o material, todos vamos a "vivir nuestra muerte", como un paso obligado en este ciclo de vida. Terminaremos

como un montón de huesos que pasarán a ser materia terrenal, y el alma tendrá un destino distinto. Este es el destino del cual estamos inciertos, el que nos hace diferentes. La muerte la hemos vuelto graciosa y mordaz; cuando alguien se muere utilizamos expresiones como ya se peló, se lo llevó la parca, "se petateó, estiró la pata, hay que cafetearlo". Nadie se ofende por estas expresiones, locuciones muy utilizadas hasta en nuestro medio médico, sobre todo en la etapa de formación profesional.

José Guadalupe Posada (1852-1913) fue un mexicano ilustre, artista del grabado en metal que dedicó gran parte de su material al tema de la muerte, satirizando a la huesuda en la vida diaria del México de su época, en especial a los políticos de régimen del dictador Porfirio Díaz. Su arte sigue siendo inspiración de miles de compatriotas y extranjeros, vale la pena visitar su museo a un costado de la catedral en la ciudad de Aguascalientes, su tierra natal.



De acuerdo a esta ancestral tradición, nuestros muertos vienen de Mictlán, un lugar no terrenal que los antiguos dioses crearon para que tengan un lugar agradable donde reposar apaciblemente en espera del día cuando regresarán a visitarnos, visita donde los sentimos de nuevo entre nosotros. En esta visita cordial de nuestros difuntos no hay duelo, es sin dolor ni llanto, no hay tristeza, son momentos de alegría. El banquete para muertos y vivos se da en jacales y mansiones, en camposantos y altares, de norte a sur, del este al occidente de nuestro país. Es la festividad Mexicana más mística y tradicional; el Día de los Muertos.

1. León-Portilla M. Netzahualcóyotl de Tezcoco. En: Quince poetas del mundo Náhuatl. Editorial Diana, México. 2004. Páginas 79-115.

2. Salvador, R. J. What Do Mexicans Celebrate On The Day Of The Dead? Pp. 75-76, IN Death And Bereavement In The Americas. Death, Value And Meaning Series, Vol. II. Morgan, J. D. And P. Laungani (Eds.) Baywood Publishing Co., Amityville, New York. 2003. Disponible en: <http://www.public.iastate.edu/~rjsalvad/scmfaq/muertos.html> .

3. López-Soriano E. Mixquic y la conmemoración de los difuntos. México, 1990;1-64.

4. Día de Muertos. Artes de México. 2002;62.

5. Risa y calavera. Día de muertos II. Artes de México 2003;67.

6. <http://muertos.palomar.edu>

7. <http://www.mexonline.com/daydead.htm>